

AY DE MI SI NO EVANGELIZARA!

¿Cómo conocí yo a Jesús? ¿Quién me evangelizó?

¿Quiénes son hoy para mí testimonio de Jesús?

Terminamos nuestra reflexiones en torno al valor de la fe y el celo misionero animados por la figura de nuestro querido cura Brochero, quien encarnó sin duda el celo apostólico que expresa San Pablo con su exclamación “Ay de mí si no evangelizara!” y que nos sirve de lema para estos meses de enero y febrero.

Por qué San Pablo diría, animado por el Espíritu Santo, esta exclamación tan contundente? “Evangelizar” quiere decir transmitir la Buena Noticia. Esta Buena Noticia no es tan sólo una información, sino una realidad viva, es más, es Jesús mismo que es la Vida. Una de las características de la vida es precisamente que busca crecer; vida es movimiento, crecimiento, expansión. Y la vida es contagiosa. Y tanto más cuanto más elevada sea la vida de la que hablamos! Pues aquí estamos hablando de la Vida verdadera. Cristo es Vida. Y esa vida quiere crecer en mí. Cristo Vida transforma, nada queda igual por donde Él Pasa. La alegría viene, la tristeza va. Es un fuego que quema por dentro y que quiere contagiar, llegar a otros. Es Vida que busca vida. Evangelizar es hacernos instrumentos de la Vida que es Jesús; de esa vida que hay en nosotros y busca crecer. Por eso San Pablo descubre que evangelizar es una necesidad imperiosa para Él, porque es Cristo mismo que quiere ir a otros!

Los hombres somos sociables, vivimos en sociedad, y así es que el corazón está hecho para comunicarse, y las vivencias del corazón para ser compartidas. La tristeza compartida disminuye, la alegría compartida se agiganta. Igual con la fe que es la adhesión a la BUENA NOTICIA por excelencia. Al ser compartida crece, y por eso: Ay de mí si no evangelizara!

Pero también los demás necesitan que yo evangelice! El mismo San Pablo va a decir: “¿cómo invocarlo sin creer en él? ¿cómo creer sin haber oído hablar de él? ¿Y cómo oír hablar de Él si nadie lo predica?” Rom 10,14 La fe se transmite por la evangelización, entra por el oído... Entonces para que la salvación llegue a otros es necesario que sea anunciada, que alguien la proclame, y ese alguien es la Iglesia, y la Iglesia somos todos nosotros. Ay de la Iglesia si no evangelizáramos!

Quien vive en Cristo comienza a experimentar sus mismos sentimientos. En el encuentro con la samaritana Jesús le dijo: “Tengo sed”. Jesús tiene sed, tiene permanentemente sed del amor de los hombres, tiene sed de que cada vez más personas lo conozcan y lo amen. Cristo, la Iglesia y todo aquel que vive en Cristo, tenemos sed de evangelizar, es una necesidad!

Qué alegría hay en ser instrumentos del Señor. Cuando podemos colaborar para que otro nazca a la vida nueva de Jesús. Evangelizar, transmitir la Vida, verdaderamente sacia la sed del alma, sed de una vida útil, que dé fruto al servicio del Señor.

Tenemos que terminar sin duda proponiendo algunos caminos para evangelizar:

- Evangelizar a través de la oración. Especialmente la oración de intercesión. Orar, pedir por otros. Sta Teresita es patrona de las misiones precisamente por haber ofrecido toda su vida de oración por los misioneros. El Cura Brochero ya anciano, sin poder andar en su mula siguió siendo misionero desgranando rosarios. No hay nadie que no pueda rezar por otros.
- Evangelizar a través del testimonio: vivir de tal modo que otros puedan descubrir a Cristo en mí. “Miren cómo se aman” decían de los primeros cristianos. La vivencia de la caridad, del servicio, de la alegría y del cuidado y respeto de la vida en todas sus formas son sin duda caminos muy actuales para testimoniar nuestra fe.
- Evangelizar a través de la Palabra: no dejar de hablar de Jesús, de anunciarlo para que otros escuchen su Nombre y lo conozcan. Una Palabra oportuna, una invitación a participar de una celebración, etc... todas ocasiones para evangelizar.

¿con quién puedo compartir mi fe? ¿cómo?

¿Cómo le diría a alguien que Jesús es una Buena Noticia?

Sugerencias para profundizar:

- 1- Aparecida 347-352
- 2- Extracto de meditación del P.Merediz en el encuentro del pueblo de Dios realizado el 26 de marzo de 2011: **El Padre Brochero es “fervor”**(Mt. 9, 35-38; 2Cor. 5, 11-21)

El Padre Brochero es “fervor”.

El ardor misionero ha sido una de las señas de identidad de José Gabriel Brochero, distinguida por la propagación de la fe y la creatividad constante en los diversos ministerios de la Palabra. Sobre sale en su camino misionero una santa audacia, una cierta “agresividad apostólica” (parresía) al mejor estilo de San Pablo o de San Francisco Javier.

Pero este accionar tiene una fuente y es un profundo amor personal a Jesucristo, que es la búsqueda y adhesión a la voluntad divina para lo cual cultivó a lo largo de su vida un profundo y vivo amor a la Palabra de Dios, haciendo de ella el elemento esencial de su vida creyente. El Cura Brochero tuvo una gran familiaridad personal con la persona de Jesús a través de su Palabra, conocía a fondo las Escrituras hasta el punto de retener firmemente en su memoria los textos sagrados. Sobre ello abundan los testimonios como aquel que dice:

“Por lo que yo pude observar – afirma Benjamín Galíndez – durante las noches rezaba continuamente, incluso me despertaba para hacerme participar sus reflexiones y pensamientos piadosos, comúnmente referentes al Evangelio... Vivía según su fe... Durmiendo en la mísera habitación, separado por un biombo, me despertaba para leerme algún pasaje y hacerme el correspondiente comentario” (Summ. B. Galíndez, 10.13).

El Padre Brochero acogió la sagrada escritura con verdadera actitud de discípulo. La fuerza transformadora de la Palabra del Señor le ayudo a descubrir y aceptar, en todas las cosas, la voluntad de Dios:

“... la gente se lamentaba de su mal (la lepra) y él dijo que estaba mejor para meditar piadosamente en las cosas de nuestro Señor. En esa oportunidad dijo: qué cosa maravillosa habría sido oír de labios de nuestro Señor el Sermón de la Montaña que nosotros después de haberlo de recibido de segunda o tercera mano nos llega tanto que los mismos Apóstoles fueron tranquilamente a la muerte después de haber oído el Sermón de la Montaña y que no tenían otra felicidad” (Summ. C. H. Rodríguez, 20).

El amor personal a Jesucristo es lo primero que se distingue en el Cura Brochero. Un amor, que por su naturaleza tiende a manifestarse y comunicarse en forma de ayuda a las almas, en el celo por ayudar a que otras disfruten y se enriquezcan con este conocimiento de Jesús.

Este amor a Jesucristo impregna de tal manera la vida de Brochero que su actuación es un resplandor que irradia de Cristo.

El celo misionero, su ardor apostólico y una predicación descarada de Jesucristo, sin ambages ni vergüenzas ni complejos ni timideces ni pudores son un llamado a salir de cierta apatía fruto de quedarnos en aquello de “si siempre se hizo así” o aquello otro de que “la gente ya no responde como antes”, y es, sin duda, para sonrojo nuestro.

Por eso un **primer elemento** de una “**cultura brochariana**”, si se me permite el término es el **fervor ardiente y misionero**, elocuente y contagioso, que procede del contacto íntimo, sobrecogido, agradecido y entusiasta con el Señor Jesús, con el Corazón abierto y sangriento, traspasado de amor herido que sana y reconcilia un mundo roto.